



SUYAPAMEDIOS

SANTO VÍA CRUCIS



SANTO VÍA CRUCIS

**En el nombre del Padre...
Señor mío, Jesucristo...**

Señor Jesús, al mirar tu cruz comprendemos tu entrega total por nosotros. Te consagramos y ofrecemos este tiempo. Queremos pasarlo junto a ti, que rezaste desde el Getsemaní hasta el Calvario. En el Año de la oración nos unimos a tu camino orante.

I Estación

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

El Sumo Sacerdote, poniéndose de pie ante la asamblea, interrogó a Jesús: «¿No respondes nada a lo que estos atestiguan contra ti?». El permanecía en silencio y no respondía nada. [...] Pilato lo interrogó nuevamente: «¿No respondes nada? ¡Mira de todo lo que te acusan!». Pero Jesús ya no respondió a nada más, y esto dejó muy admirado a Pilato (Mc 14,60-61;15,4-5).

Jesús, tú eres la vida, pero te condenan a muerte; eres la verdad y sin embargo eres víctima de un falso proceso. Pero, ¿por qué no te rebelas? ¿Por qué no levantas la voz y explicas cuáles son tus propias razones? ¿Por qué no rebates a los sabios y a los poderosos como siempre lo has hecho? Jesús, tu actitud desconcierta; en el momento decisivo no hablas, sino callas. Porque cuanto más fuerte es el mal, más radical es tu respuesta. Y tu respuesta es el silencio. Pero tu silencio es fecundo: es oración, es mansedumbre, es perdón, es la vía para redimir el mal, para convertir tus sufrimientos en un don que nos ofreces. Jesús, me doy cuenta de que apenas te conozco porque conozco poco tu silencio, porque en el frenesí de las prisas y del hacer, absorbido por las cosas, atrapado por el miedo de no mantenerme a flote o por el afán de querer ponerme siempre en el centro, no encuentro tiem-



po para detenerme y quedarme contigo; para permitirte a ti, Palabra del Padre, obrar en silencio. Jesús, tu silencio me estremece, me enseña que la oración no nace de los labios que se mueven, sino de un corazón que sabe escuchar. Porque rezar es hacerse dócil a tu Palabra, es adorar tu presencia.

**OREMOS DICRIENDO:
Háblame al corazón, Jesús**

Tú que respondes al mal con el bien

Háblame al corazón, Jesús

Tú que apagas los gritos con la mansedumbre

Háblame al corazón, Jesús

Tú que detestas la murmuración y los reproches

Háblame al corazón, Jesús

Tú que me conoces íntimamente

Háblame al corazón, Jesús

Tú que me amas más de cuanto yo pueda amarme

Háblame al corazón, Jesús

Padre Nuestro ...

Ave María ...

Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte

R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



II Estación JESÚS CARGA LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Él llevó sobre la cruz nuestros pecados, cargándolos en su cuerpo, a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia.

Gracias a sus llagas, ustedes fueron curados (1 P 2,24).

Jesús, nosotros también cargamos nuestras cruces, a veces muy pesadas: una enfermedad, un accidente, la muerte de un ser querido, una decepción amorosa, un hijo que se perdió, la falta de trabajo, una herida interior que no cicatriza, el fracaso de un proyecto, una esperanza más que se malogra... Jesús, ¿cómo rezar ahí? ¿Cómo hacerlo cuando me siento aplastado por la vida, cuando un peso oprime mi corazón, cuando estoy bajo presión y ya no tengo fuerzas para reaccionar? Tu respuesta se encuentra en una invitación: «Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré» (Mt 11,28).

Ir a ti; yo, en cambio, me encierro en mí mismo, rumiando mentalmente, escarbando en el pasado, quejándome, hundiéndome en el victimismo, paladín de negatividad. Vengan a mí; no te ha parecido suficiente decírnoslo, sino que has venido a nosotros para tomar nuestra cruz sobre tus hombros, y quitarnos su peso. Esto es lo que deseas: que des-



carguemos en ti nuestros cansancios y sinsabores, porque quieres que en ti nos sintamos libres y amados. Gracias, Jesús. Uno mi cruz a la tuya, te traigo mi fatiga y mis miserias, pongo en ti todo el agobio que tengo en mi corazón.

OREMOS DICRIENDO:

Acudo a ti, Señor

Con mi historia personal

Acudo a ti, Señor

Con mis cansancios

Acudo a ti, Señor

Con mis límites y mis fragilidades

Acudo a ti, Señor

Con mis miedos

Acudo a ti, Señor

Confiado sólo en tu amor

Acudo a ti, Señor

Padre Nuestro ...

Ave María ...

Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte

R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



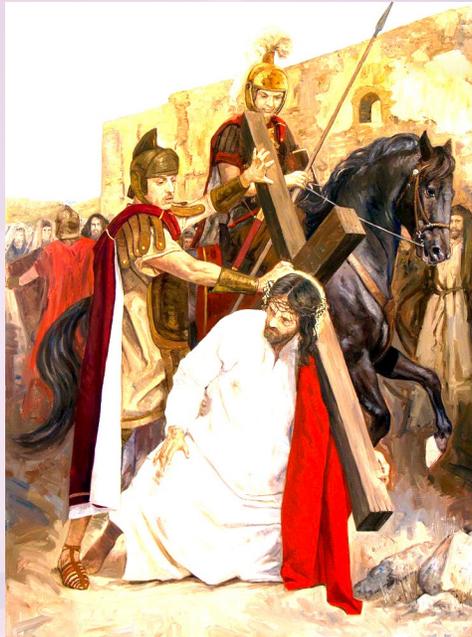
III Estación JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto (Jn 12,24).

Jesús, has caído. ¿En qué piensas?, ¿cómo rezas postrado rostro en tierra? Pero, sobre todo, ¿qué es lo que te da fuerzas para volver a levantarte? Mientras estás boca abajo en el suelo y ya no puedes ver el cielo, te imagino repitiendo en tu corazón: Padre, que estás en los cielos. La mirada amorosa del Padre posada en ti es tu fuerza. Pero imagino también que, mientras besas la tierra árida y fría, piensas en el hombre, sacado de la tierra, piensas en nosotros, que estamos en el centro de tu corazón; y que repites las palabras de tu testamento: «Esto es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes» (Lc 22,19). El amor del Padre por ti y el tuyo por nosotros: el amor, ese es el estímulo que te hace levantarte y seguir adelante. Porque el que ama no se queda derrumbado, sino que vuelve a empezar; el que ama no se cansa, sino que corre; el que ama vuela. Jesús mío, siempre te pido muchas cosas, pero necesito sólo una: saber amar. Caeré en la vida, pero con amor podré volver a levantarme y seguir adelante, como hiciste tú, que tienes experiencia en las caídas. Tu vida, en efecto, ha sido una caída continua hacia nosotros: de Dios a hombre, de hombre a siervo, de siervo a crucificado, hasta el sepulcro; caíste en la tierra como semilla que muere, caíste para levantarnos de la tierra y llevarnos al



cielo. Tú que levantas del polvo y reavivas la esperanza, dame la fuerza para amar y volver a empezar.

OREMOS DICIENDO:
Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Cuando prevalece la desilusión
Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Cuando el juicio de los demás se abate sobre mí
Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Cuando las cosas no van bien y me vuelvo intolerante

Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Quando siento que ya no puedo más
Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Quando me oprime el pensamiento de que nada cambiará
Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Padre Nuestro ...
Ave María ...
Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte
R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



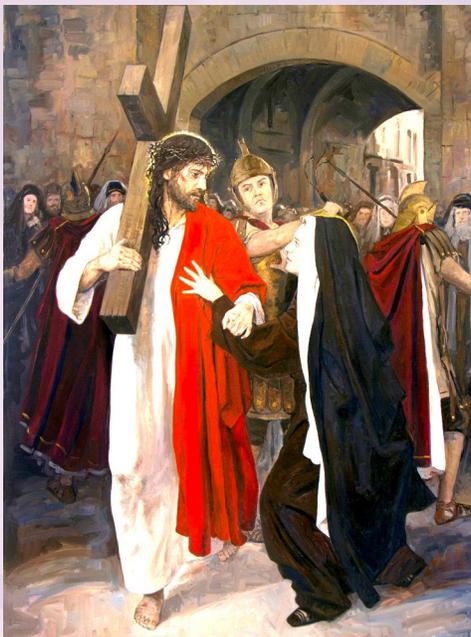
IV Estación JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien él amaba, Jesús [...] dijo al discípulo: «Aquí tienes a tu madre». Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa (Jn 19,26-27).

Jesús, los tuyos te han abandonado; Judas te ha traicionado, Pedro te ha negado. Te has quedado solo con la cruz, pero ahí está tu madre. No hacen falta palabras, son suficientes sus ojos que saben mirar de frente al sufrimiento y asumirlo. Jesús, en la mirada de María, llena de lágrimas y de luz, encuentras el grato recuerdo de su ternura, de sus caricias, de sus brazos amorosos que siempre te han acogido y sostenido. La mirada de la propia madre es la mirada de la memoria, que nos cimienta en el bien. No podemos prescindir de una madre que nos dé a luz, pero tampoco de una madre que nos encarrile en el mundo. Tú lo sabes y desde la cruz nos entregas a tu propia madre. Aquí tienes a tu madre, dices al discípulo, a cada uno de nosotros. Después de la Eucaristía, nos das a María, tu último don antes de morir. Jesús, tu camino fue consolado por el recuerdo de su amor; también mi camino necesita cimentarse en la memoria del bien. Sin embargo, me doy cuenta de que mi oración es pobre en memoria: es rápida, apresurada; con una lista de necesidades para hoy y mañana. María,



detén mi carrera, ayúdame a hacer memoria: a custodiar la gracia, a recordar el perdón y las maravillas de Dios, a reavivar el primer amor, a saborear de nuevo las maravillas de la providencia, a llorar de gratitud.

OREMOS DICIENDO:

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Quando vuelven a aparecer las heridas del pasado

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Quando pierdo el sentido y el rumbo de las cosas

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Quando pierdo de vista los dones que he recibido

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Quando pierdo de vista el don de mi propio ser

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Quando me olvido de agradecerte

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Padre Nuestro ...

Ave María ...

Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte

R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



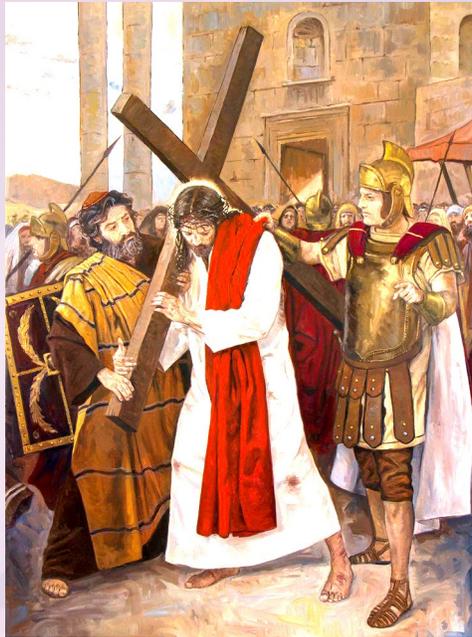
V Estación JESÚS ES AYUDADO POR EL CIRINEO

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Cuando [los soldados] lo llevaban, detuvieron a un tal Simón de Cirene, que volvía del campo, y lo cargaron con la cruz, para que la llevara detrás de Jesús (Lc 23,26).

Jesús, cuántas veces, frente a los retos de la vida, presumimos de lograr hacer todo sólo con nuestras propias fuerzas. ¡Qué difícil nos resulta pedir ayuda, ya sea por miedo a dar la impresión de que no estamos a la altura de las circunstancias, o porque siempre nos preocupamos por quedar bien y lucirnos! No es fácil confiar, y menos aún abandonarse. En cambio, quien reza es porque está necesitado, y tú, Jesús, estás acostumbrado a abandonarte en la oración. Por eso no desdeñas la ayuda del Cirineo. Le muestras tus fragilidades a un hombre sencillo, a un campesino que vuelve del campo. Gracias porque, al dejarte ayudar en tu necesidad, borras la imagen de un dios invulnerable y lejano. Tú no te muestras imbatible en el poder, sino invencible en el amor, y nos enseñas que amar significa socorrer a los demás precisamente allí, en las debilidades de las que se avergüenzan. De este modo, las fragilidades se transforman en oportunidades. Fue lo que le sucedió a Cirineo: tu debilidad cambió su vida y un día se daría cuenta de que había



ayudado a su Salvador, de que había sido redimido por medio de esa cruz que cargó. Para que mi vida también cambie, te ruego, Jesús: ayúdame a bajar mis defensas y a dejarme amar por ti; justo ahí, donde más me avergüenzo de mí mismo.

OREMOS DICIENDO:

Sáname, Jesús

De toda presunción de autosuficiencia

Sáname, Jesús

De creer que puedo prescindir de ti y de los demás

Sáname, Jesús

Del afán de perfeccionismo

Sáname, Jesús

De la reticencia a entregarte mis miserias

Sáname, Jesús

De la prisa mostrada ante los necesitados que encuentro en mi camino

Sáname, Jesús

Padre Nuestro ...

Ave María ...

Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte

R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



VI Estación

JESÚS RECIBE EL CONSUELO DE LA VERÓNICA QUE LE ENJUGA EL ROSTRO

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Bendito sea Dios [...] Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos reconforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo [...]. Porque así como participamos abundantemente de los sufrimientos de Cristo, también por medio de Cristo abunda nuestro consuelo (2 Co 1,3-5). Jesús, son tantos los que asisten al bárbaro espectáculo de tu ejecución y, sin conocerte y sin saber la verdad, emiten juicios y condenas, arrojando sobre ti infamia y desprecio. Sucede también hoy, Señor, y ni siquiera es necesario un cortejo macabro; basta un teclado para insultar y publicar condenas. Pero mientras tantos gritan y juzgan, una mujer se abre paso entre la multitud. No habla, actúa. No protesta, se compadece. Va contra la corriente, sola, con la valentía de la compasión; se arriesga por amor, encuentra la manera de pasar entre los soldados sólo para brindarte el consuelo de una caricia en el rostro. Su gesto pasará a la historia y como un gesto de consuelo. ¡Cuántas veces habré invocado tu consuelo, Jesús! Y ahora la Verónica me recuerda que tú también lo necesitas. Tú, Dios cercano, pides mi cercanía; tú, consolador mío, quieres ser consolado por mí. Amor no amado, buscas aún hoy entre la multitud corazones sensibles a tu sufrimiento, a tu



dolor. Buscas verdaderos adoradores, que en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23) permanezcan contigo (cf. Jn 15), Amor abandonado. Jesús, enciende en mí el deseo de estar contigo, de adorarte y consolarte. Y haz que yo, en tu nombre, sea consuelo para los demás.

OREMOS DICRIENDO:

Hazme testigo de tu consuelo

Dios de misericordia, que te haces cercano a quien tiene el corazón herido

Hazme testigo de tu consuelo

Dios de ternura, que te conmueves por nosotros

Hazme testigo de tu consuelo

Dios de compasión, que detestas la indiferencia

Hazme testigo de tu consuelo

Tú, que te entristeces cuando señalo con el dedo a los demás

Hazme testigo de tu consuelo

Tú, que no has venido a condenar sino a salvar

Hazme testigo de tu consuelo

Padre Nuestro ...

Ave María ...

Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte

R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



VII Estación

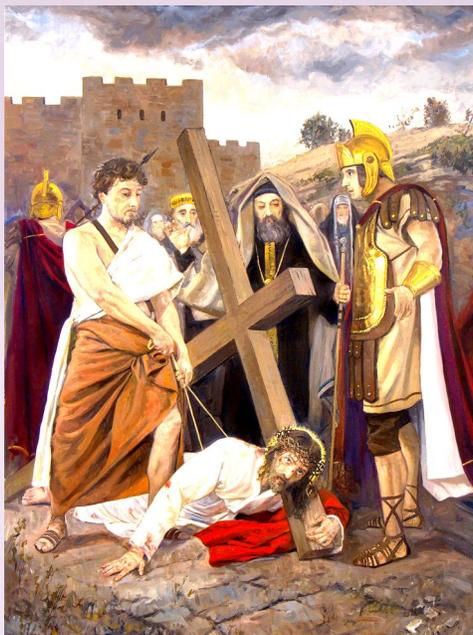
JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ BAJO EL PESO DE LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

El hijo menor] recapacitó y dijo: Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: «Padre, pequé» [...]. Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: «Padre, pequé [...]; no merezco ser llamado hijo tuyo». Pero el padre dijo: [...] «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado»(Lc 15,17-18.20-22.24).

Jesús, la cruz pesa mucho; lleva en sí el peso de la derrota, del fracaso, de la humillación. Lo comprendo cuando me siento aplastado por las cosas, acosado por la vida e incomprendido por los demás; cuando siento el peso excesivo y exasperante de la responsabilidad y del trabajo, cuando me siento oprimido en las garras de la ansiedad, asaltado por la melancolía, mientras un pensamiento asfixiante me repite: no saldrás adelante, esta vez no te levantarás. Pero las cosas empeoran aún más. Me doy cuenta de que toco fondo cuando vuelvo a caer, cuando recaigo en mis errores, en mis pecados, cuando me escandalizo de los demás y luego me doy cuenta de que yo no soy distinto de ellos. No hay nada peor que sentirse decepcionado de sí mismo, aplastado por los sentimientos de culpa. Pero tú, Jesús, caíste muchas veces bajo el peso de la cruz para estar a mi lado cuando yo caigo. Contigo la esperanza nunca se acaba, y después de cada caída nos volvemos a levantar, porque cuando me equivoco no te cansas de mí, sino que te acercas más a mí. Gracias porque me esperas; gracias, pues, aunque caí-



ga muchas veces me perdonas siempre, siempre. Recuérdame que las caídas se pueden convertir en momentos cruciales del camino, porque me llevan a comprender que lo único que importa es que te necesito. Jesús, imprime en mi corazón la certeza más importante: que vuelvo a levantarme de verdad sólo cuando me levantas tú, cuando me liberas del pecado. Porque la vida no vuelve a empezar con mis palabras, sino con tu perdón.

OREMOS DICIENDO:

Levántame, Jesús

Cuando, paralizado por la desconfianza, siento tristeza y desesperación

Levántame, Jesús

Cuando veo mi incapacidad y me siento inútil

Levántame, Jesús

Cuando prevalecen la vergüenza y el miedo al fracaso

Levántame, Jesús

Cuando tengo la tentación de perder la esperanza

Levántame, Jesús

Cuando olvido que mi fortaleza está en tu perdón

Levántame, Jesús

Padre Nuestro ...

Ave María ...

Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte

R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



VIII Estación

JESÚS ENCUENTRA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Lo seguían muchos del pueblo y un buen número de mujeres, que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él (Lc 23,27).

Jesús, ¿quién te acompaña hasta el final en tu camino de la cruz? No son los poderosos, que te esperan en el Calvario, ni los espectadores que se quedan lejos, sino la gente sencilla, grande a tus ojos, pero pequeña a los del mundo. Son esas mujeres, a las que has dado esperanza; que no tienen voz, pero se hacen oír. Ayúdanos a reconocer la grandeza de las mujeres, las que en Pascua te fueron fieles y no te abandonaron, las que aún hoy siguen siendo descartadas, sufriendo ultrajes y violencia. Jesús, las mujeres que encuentras se golpean el pecho y se lamentan por ti. No lloran por ellas, sino que lloran por ti, lloran por el mal y el pecado del mundo. Su oración hecha de lágrimas llega a tu corazón. ¿Acaso mi oración sabe llorar? ¿Me conmuevo ante ti, crucificado por mí, ante tu amor bondadoso y herido? ¿Lloro por mis falsedades y mi inconstancia? Ante las tragedias del mundo, ¿mi corazón permanece frío o se conmueve? ¿Cómo reacciono ante la locura de la guerra, ante los rostros de los niños que ya no saben sonreír, ante sus madres que los ven desnutridos y hambrientos sin tener siquiera más lágrimas que derramar? Tú, Jesús, has llorado por Jerusalén, has



llorado por la dureza de nuestros corazones. Sacúdeme por dentro, dame la gracia de llorar rezando y de rezar llorando.

OREMOS DICIENDO:
Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que conoces los secretos del corazón

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que te entristeces ante la dureza de los ánimos

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que amas los corazones contritos y humillados

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que enjugaste con el perdón las lágrimas de Pedro

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que transformas el llanto en canto

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Padre Nuestro ...

Ave María ...

Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte

R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



IX Estación JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

“Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores... Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca; como un cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca” (Is 53,4.7). Jesús, una vez más, caes al suelo. Tus fuerzas se agotan, tu cuerpo está al límite, pero tu amor no se rinde. Caer por tercera vez significa tocar el fondo del dolor y la humillación. Cada paso es un peso insoportable, pero te levantas nuevamente, porque tu misión es el amor hasta el extremo.

¿Cuántas veces también yo caigo bajo el peso de mis pecados, de mis miedos, de mi egoísmo? ¿Cuántas veces me siento sin fuerzas, tentado a rendirme, a no seguir adelante en el camino del bien? Pero ahí estás tú, Jesús, enseñándome que cada caída no es el final, sino una oportunidad para levantarme con más humildad y confianza en tu amor.

Jesús, tú que caíste por tercera vez bajo el peso de la cruz, enséñame a confiar en la gracia del Padre para levantarme después de cada tropiezo. Dame la fuer-



za para no quedarme postrado en mis miserias, sino para seguir adelante con fe, con esperanza, con amor.

**OREMOS DICHIENDO:
Levántame, Señor Jesús**

Quando la desesperanza me abruma

Levántame, Señor

Jesús Cuando el peso del pecado me aplaste

Levántame, Señor Jesús

Quando el miedo me paralice

Levántame, Señor Jesús

Quando la prueba me haga du-

dar de ti

Levántame, Señor Jesús

Quando me aleje de tu voluntad

Levántame, Señor Jesús

Padre Nuestro ...

Ave María ...

Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte

R. Y muerte de Cruz por salvarnos.





X Estación

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

« Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?» [...]. Les responderá: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,37-40).

Jesús, estas son las palabras que dijiste antes de la Pasión.

Ahora comprendo esa insistencia tuya en identificarte con los necesitados: tú, encarcelado; tú, extranjero, conducido fuera de la ciudad para ser crucificado; tú, desnudo, despojado de tus vestidos; tú, enfermo y herido; tú, sediento en la cruz y hambriento de amor. Concédeme que pueda verte en los que sufren y que a los que sufren los pueda ver en ti, porque tú estás ahí, en quien está despojado de dignidad, en los cristos humillados por la prepotencia y la injusticia, por las ganancias injustas obtenidas a costa de los demás y ante la indiferencia general. Te miro, Jesús, despojado de tus vestiduras, y comprendo que me invitas a despojarme de tantas exterioridades vacías. Porque tú no miras las apariencias, sino el corazón. Y no quieres una oración estéril, sino fecunda en caridad. Dios despojado, ponme al descubierto también a mí. Porque es fácil hablar, pero luego, ¿te amo yo de verdad en los pobres, en tu carne herida? ¿Rezo por los que han sido despojados de dignidad? ¿O rezo sólo para cu-



brir mis propias necesidades y revestirme de seguridad? Jesús, tu verdad me deja al descubierto y me lleva a ocuparme de lo que importa: tú crucificado, y los hermanos crucificados. Concédeme que lo comprenda ahora, para que no me encuentre falto de amor cuando deba presentarme ante ti.

OREMOS DICIENDO:

Despójame, Señor Jesús

Del apego a las apariencias
Despójame, Señor Jesús

De la armadura de la indiferencia
Despójame, Señor Jesús

Del creer que yo no tenga que socorrer a los demás
Despójame, Señor Jesús

De un culto hecho de convencionalismo y exterioridad
Despójame, Señor Jesús

De la convicción de que en la vida todo está bien
Despójame, Señor Jesús

**Padre Nuestro ...
Ave María ...
Gloria al Padre ...**

V. Cristo fue obediente hasta la muerte
R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



XI Estación

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Cuando llegaron al lugar llamado «del Cráneo», lo crucificaron junto con los malhechores, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,33-34).

Jesús, te perforan las manos y los pies con clavos, lacerando tu carne, y justo ahora, mientras el dolor físico se hace más insoportable, brota de tus labios la oración imposible, perdonas al que te está hundiendo los clavos en las muñecas. Y no sólo una vez, sino muchas veces, como recuerda el Evangelio, con ese verbo que indica una acción repetida, decías “Padre, perdona”. Por eso, contigo, Jesús, también yo puedo encontrar el valor de elegir el perdón que libera el corazón y relanza la vida. Señor, no te basta con perdonarnos, sino también nos justificas ante el Padre: no saben lo que hacen. Toma nuestra defensa, hazte nuestro abogado, intercede por nosotros. Ahora que tus manos, con las que bendecías y curabas, están clavadas, y tus pies, con los que traías la buena nueva, ya no pueden caminar, ahora, en la impotencia, nos revelas la omnipotencia de la oración. En la cumbre del Gólgota nos revelas la altura de la oración de intercesión que salva al mundo. Jesús, que yo no rece sólo por mí y por mis seres queridos, sino también por los que no me quieren y me hacen daño; que yo rece



según los deseos de tu corazón, por los que están lejos de ti; reparando e intercediendo en favor de los que, ignorándote, no conocen la alegría de amarte y de ser perdonados por ti.

OREMOS DICIENDO:

Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por la dolorosa pasión de Jesús
Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por el poder de sus llagas
Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por su perdón en la cruz
Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por cuantos perdonan por amor a ti
Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por la intercesión de los que creen, adoran, esperan y te aman
Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

**Padre Nuestro ...
Ave María ...
Gloria al Padre ...**

V. Cristo fue obediente hasta la muerte
R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



XII Estación

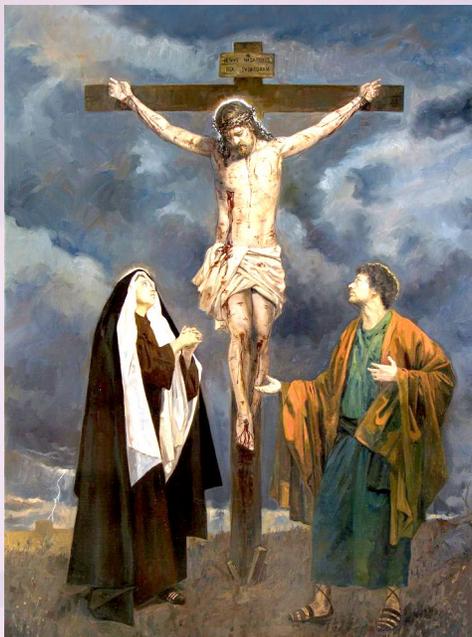
JESÚS MUERE ENCOMENDÁNDOSE AL PADRE

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Uno de los malhechores crucificados] decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino». Él le respondió: «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» [...]. Jesús, con un grito, exclamó: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y diciendo esto, expiró (Lc 23,42-43.46).

Jesús, ¡un malhechor va al Paraíso! Él se encomienda a ti y tú lo encomiendas contigo al Padre. Dios de lo imposible, que haces santo a un ladrón. Y no sólo eso: en el Calvario cambias el curso de la historia. Conviertes la cruz, que es emblema del tormento, en icono del amor; cambias el muro de la muerte en puente hacia la vida. Transformas la oscuridad en luz, la separación en comunión, el dolor en danza e incluso el sepulcro -última estación de la vida- en punto de partida de la esperanza. Pero estas transformaciones las realizas con nosotros, nunca sin nosotros. Jesús, acuérdate de mí: esta oración sincera te permitió obrar maravillas en la vida de aquel malhechor. Qué poder inaudito el de la oración. A veces pienso que mi oración no es escuchada, mientras que lo esencial es perseverar, tener constancia, acordarme de decirte: “Jesús, acuérdate de mí”. Acuérdate de mí y mi mal ya no será un final, sino un nuevo inicio. Acuérdate, vuelve a ponerme



en tu corazón, incluso cuando me aleje, cuando me pierda en la rueda de la vida que gira vertiginosamente. Acuérdate de mí, Jesús, porque ser recordado por ti -lo demuestra el buen ladrón- es entrar en el Paraíso. Sobre todo, recuérdame, Jesús, que mi oración puede cambiar la historia.

OREMOS DICIENDO:

Jesús, acuérdate de mí

Quando la esperanza desaparece y reina la desilusión

Jesús, acuérdate de mí

Quando no soy capaz de tomar una decisión

Jesús, acuérdate de mí

Quando pierdo la confianza en mí o en los demás

Jesús, acuérdate de mí

Quando pierdo de vista la grandeza de tu amor

Jesús, acuérdate de mí

Quando creo que mi oración resulta inútil

Jesús, acuérdate de mí

Padre Nuestro ...

Ave María ...

Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte

R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



XIII Estación

JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ Y ENTREGADO A MARÍA

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Simeón [...] dijo a María, la madre: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón» (Lc 2,33-35).

María, después de tu “sí” el Verbo se hizo carne en tu seno; ahora yace en tu regazo su carne torturada. Aquel niño que tuviste en tus brazos ahora es un cadáver destrozado. Sin embargo, ahora, en el momento más doloroso, resplandece la ofrenda de ti misma: una espada atraviesa tu alma y tu oración sigue siendo un “sí” a Dios. María, nosotros somos pobres de “sies”, pero ricos del “sí”: si yo hubiera tenido mejores padres, si me hubieran comprendido y amado más, si mi carrera hubiera ido mejor, si no hubiera tenido aquel problema, si tan sólo no sufriera más, si Dios me escuchara... Preguntándonos siempre el porqué de las cosas, nos cuesta vivir el presente con amor. Tú tendrías tantos “sí” que decirle a Dios, en cambio, sigues diciendo “sí”, se cumpla en mí. Fuerte en la fe, crees que el dolor, atravesado por el amor, da frutos de salvación; que el sufrimiento acompañado por Dios no tiene la última palabra. Y mientras sostienes en tus brazos a Jesús sin vida, resuenan en ti las últimas palabras que te dirigió: He aquí a tu hijo. Madre, ¡yo soy ese hijo! Recíbeme en tus brazos e inclínate sobre mis heridas. Ayúdame a decirle “sí” a Dios, “sí” al amor.



Madre de misericordia, vivimos en un tiempo despiadado y necesitamos compasión: tú, tierna y fuerte, úngenos con mansedumbre; deshaz las resistencias del corazón y los nudos del alma.

OREMOS DICIENDO:
Tómame de la mano, María

Cuando cedo a la recriminación y al victimismo

Tómame de la mano, María

Cuando dejo de luchar y acepto convivir con mis falsedades

Tómame de la mano, María

Cuando titubeo y non tengo el valor de decirle “sí” a Dios

Tómame de la mano, María

Cuando soy indulgente conmigo mismo e inflexible con los demás

Tómame de la mano, María

Cuando quiero que la Iglesia y el mundo cambien, pero yo no cambio

Tómame de la mano, María

Padre Nuestro ...

Ave María ...

Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte

R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



XIV Estación

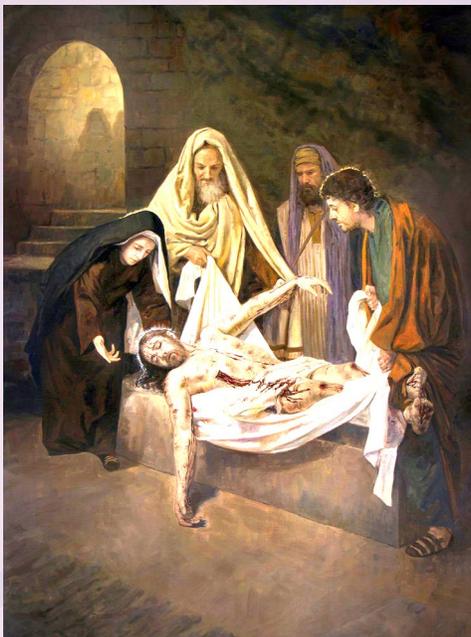
JESÚS ES DEPOSITADO EN EL SEPULCRO

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Al atardecer, llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también se había hecho discípulo de Jesús, y fue a ver a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. [...] José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en un sepulcro nuevo que se había hecho cavar en la roca (Mt 27,57-60).

José, ese es el nombre que, junto con el de María, marcan la aurora de la Navidad y marcan también la aurora de la Pascua. José de Nazaret advertido en sueños se llevó audazmente a Jesús para salvarlo de Herodes; tú, José de Arimatea, te llevas su cuerpo, sin saber que un sueño imposible y maravilloso se hará realidad allí mismo, en el sepulcro que le diste a Cristo cuando pensabas que él ya no podía hacer nada más por ti. En cambio, es verdad que todo don hecho a Dios es recompensado siempre por él. José de Arimatea, eres el profeta del valor intrépido. Para entregarle tu regalo a un muerto acudes al temido Pilato y le ruegas que te permita darle a Jesús la tumba que habías mandado a construir para ti. Tu oración es persistente y a las palabras siguen los hechos. José, recuérdanos que la oración perseverante da fruto y atraviesa incluso las tinieblas de la muerte; que el amor no se queda sin respuesta, sino que regala nuevos comienzos. Tu sepulcro, que -único en la historia- será fuente de vida, era nuevo, recién labrado en la roca. Y yo, ¿qué cosa nueva le doy a Jesús en esta Pascua? ¿Un poco de tiempo para estar con Él? ¿Un poco de



amor a los demás? ¿Mis miedos y miserias enterradas, que Cristo está esperando que le ofrezca, como tú, José, hiciste con el sepulcro? Será verdaderamente Pascua si doy algo de lo mío a Aquel que dio la vida por mí; porque es dando como se recibe; y porque la vida se encuentra cuando se pierde y se posee cuando se da.

OREMOS DICIENDO:

Señor, ten piedad

De mí, negligente para convertirme

Señor, ten piedad

De mí, que me gusta recibir

mucho, pero dar poco

Señor, ten piedad

De mí, incapaz de rendirme a tu amor

Señor, ten piedad

De nosotros, rápidos para servirnos de las cosas, pero lentos para el servicio a los demás

Señor, ten piedad

De nuestro mundo, plagado de los sepulcros de nuestro egoísmo

Señor, ten piedad

Padre Nuestro ...

Ave María ...

Gloria al Padre ...

V. Cristo fue obediente hasta la muerte

R. Y muerte de Cruz por salvarnos.



ORACIÓN FINAL

Oh Dios, que has querido realizar la salvación de toda la humanidad por medio de la cruz gloriosa de tu Hijo, concede a quienes hemos conocido este misterio en la tierra alcanzar los premios de la redención en el cielo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Terminar rezando un Padrenuestro, Avemaría y Gloria por las intenciones del Sumo Pontífice.

